

PREGÓN DE SEMANA SANTA



EN LA PARROQUIA DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN

HERENCIA

(CIUDAD REAL)

13 marzo. 2010

Porque todo comenzó en Ti, oh María Inmaculada

Era el año del Señor de 1846, cuando en Roma el Cónclave de Cardenales elegía un nuevo Papa, que tomó el nombre de Pío Nono. Tenía entonces 54 años y había de gobernar la Iglesia Católica más que ninguno de sus antecesores: treinta y dos años! Los primeros de su pontificado los vivió en medio de continuas convulsiones y revoluciones mundiales...

Se cuenta del apenado Pontífice que, estando un día más afligido y preocupado que nunca ante un panorama tan trágico que ensombrecía el horizonte de la Iglesia Católica, se hacía una y otra vez esta angustiosa pregunta:

-¿Y no habrá, Señor, remedio posible para tantos males?

Entonces, el sabio y santo cardenal Lambruschini, allí presente, sugirió al Papa, con decidida convicción, ésta feliz idea:

-Santísimo Padre, el remedio, seguro y eficaz, está en que Vuestra Santidad se digne definir como dogma de fe, si lo cree oportuno, la Inmaculada Concepción de María.

Estas palabras, caídas como celestial rocío, fueron un rayo luminoso de consuelo y esperanza. Las fervientes oraciones y sacrificios del Soberano Pontífice y del pueblo fiel hicieron lo demás... Después fue una dulce realidad la **Definición Dogmática de la Purísima Concepción de la Inmaculada y siempre Virgen María.**

Este histórico y trascendental acontecimiento mariano tuvo lugar el 8 de diciembre de 1854, en la iglesia más grande del mundo, la inmensa Basílica de San Pedro del Vaticano, con estas palabras del Beato Pío IX, escuchadas con religiosa e indescriptible emoción por las decenas de millares de fieles que llenaban el templo a rebosar:

Nos, con la autoridad de nuestro Señor Jesucristo, de los Bienaventurados Apóstoles Pedro y Pablo y la Nuestra, declaramos, pronunciamos y definimos que es doctrina revelada por Dios la que sostiene que la Bienaventurada Virgen María en el primer instante de su Concepción, por singular Gracia y Privilegio de Dios Omnipotente, y en previsión de los méritos de Cristo Jesús, Salvador del género humano, fue preservada del pecado original en el primer instante de su Concepción. Y, por tanto, esta doctrina ha de ser siempre y firmemente creída por todos los fieles. ¡Gloria a nuestra Madre Purísima! ¡Gloria a María Inmaculada!

Y así, como antes en la tradición recogida por la pluma de los poetas, por los instrumentos de los artistas o por la boca de los teólogos, la Iglesia repite para todos, esto que ya es dogma de fe desde entonces: **la creencia firme en**

la Inmaculada Concepción de la Virgen Santísima. María manifiesta hasta qué punto el perdón de Dios es previsor: nos precede, nos llena, nos envuelve completamente. Ella no es tampoco una excepción en la humanidad; somos nosotros la excepción. Ella es la regla, Ella es la medida, Ella es la que nos guía al Camino certero.

El pecado, accidente gravísimo en la vida del cristiano, se combate de la mano de María, se combate buscando la vida de gracia, se combate con la lucha interior para vencer a Satanás, al dominio del mal. La Virgen Santísima, que pisa el dominio de la serpiente, que pisa el pecado con voluntad libre, diciendo sí a Dios, nos enseña a nosotros a romper ese maleficio absurdo de pecado, esa tentación constante de ir detrás de las otras verdades, de los otros caminos, de las otras vidas que Satanás nos hace ver engañándonos con espejismos. Ella, la Virgen Inmaculada.

Y así, cada año, al llegar el 8 de diciembre, toda España celebra a la Purísima Concepción de María, Madre queridísima, y brotan espontáneas de nuestros labios las jaculatorias tan conocidas y tan propias: ***¡Ave, María Purísima, sin pecado concebida! ¡Oh María, sin pecado concebida, rogad por nosotros, que recurrimos a Vos!*** Que repitamos esta jaculatoria, expresión no sólo del sentir católico, expresión necesaria para pedirle a María su protección: *-María Inmaculada, ruega por nosotros, ruega por nosotros que recurrimos a Ti.*

Por ello y vosotros bien lo sabéis, queridos amigos todos, no había otra manera de comenzar el Pregón de este año que saludando así a María Inmaculada. El pasado 2 de enero celebrasteis un acontecimiento de gran significado para la fe, la comunión y la identidad del pueblo de Herencia: el patronazgo de **la Inmaculada Concepción de la Virgen**. En 1952 se adquirió la bellísima imagen de la Inmaculada que se venera en este Templo. En 1959, el entonces párroco, D. Joaquín Gómez-Montalbán, solicitó oficialmente a la Santa Sede que declarara a la Inmaculada, Patrona de esta Villa. El 2 de enero de 1960, el Beato Juan XXIII, a instancias de D. Juan Hervás y Benet, obispo de la Diócesis de Ciudad Real, firmaba el Decreto Pontificio concediendo que la Inmaculada Concepción fuese la **“Celestial y Principal Patrona de Herencia”**.

Un último apunte antes de empezar. Los que trabajamos descifrando la historia nos hacemos amigos con los investigadores que nos han precedido, aunque por razón obvias nunca nos podamos conocer. Aquel venerable sacerdote, don Joaquín Gómez-Montalbán fue el que elaboró el primer relato de los mártires de Herencia. En el archivo parroquial, en el libro de difuntos nº 25, correspondiente a las inscripciones de defunciones de los años 1935-45, aparece en las cuatro últimas páginas, a ambos lados, un documento histórico firmado por don Joaquín un 20 de septiembre del año 1939, y que titula: PARA LA ETERNA MEMORIA. Pero ésa es otra historia narrada con el pregón pascual de nuestros mártires. Que el Beato Narciso de Estenaga, vuestro-nuestro Obispo mártir y sus compañeros, pregoneros en la sombra del mayor Amor, rueguen por nosotros y por España.

**Excelentísimo Señor Alcalde
Dignas autoridades Civiles y Militares
Don Julián, párroco de Herencia
Presidente de la Junta de Hermandades y Cofradías
Hermanos Mayores, Juntas de Gobierno
Cofrades todos de esta Noble Villa de Herencia**

Real e Ilustre Cofradía del Santísimo Cristo de la Columna
(flagelación), **Cristo del Consuelo** (cautivo), **Cristo de los Afligidos** (Cristo
crucificado) y **Nuestra Señora de la Soledad** (dolorosa)

Cofradía del Santísimo Cristo de la Misericordia (cautivo) y
Prendimiento de Jesús (beso de Judas)

Hermandad de Jesús de Medinaceli (cautivo) y **María Santísima**
de la Asunción “La Labradora”

Hermandad de Nuestro Padre Jesús de Nazareno (Cristo con la
cruz a cuesta y Cirineo – La Verónica con Magdalena y San Juan) y **la Virgen**
de la Amargura (Dolorosa)

Cofradía del Santo Entierro

Hermandad de la Virgen de los Dolores

Y Porque todo comenzó en Ti, Oh María Inmaculada, maestra, doctora, pregonera de la Semana Santa, he querido de la mano del fénix de los ingenios, el gran Lope de Vega y Carpio, iniciar nuestro recorrido con el **Romancero espiritual** que empieza su primer Romance con la **despedida de Cristo, nuestro Bien, de su Madre Santísima**.

Los dos más dulces esposos,
los dos más tiernos amantes,
los mejores madre e hijo,
porque son Cristo y Su Madre,
tiernamente se despiden,
tanto, que sólo en mirarse
parece que entre los dos
se están repartiendo el cáliz.

"Hijo -le dice la Virgen-,
¡ay, si pudiera excusarse
esta llorosa partida,
que las entrañas me parte!
A morir vas, Hijo mío,
por el hombre que criaste:
que ofensas hechas a Dios,
sólo Dios las satisface.
No se dirá por el hombre
quien tal hace que tal pague,
pues que vos pagáis por él
al precio de vuestra sangre.
Dejadme, dulce Jesús,
que mil veces os abrace,
porque me deis fortaleza
que a tantos dolores baste.
Para llevarnos a Egipto
hubo quien me acompañase,
mas para quedar sin Vos,
¿quién dejáis que me acompañe?
Aunque un ángel me dejéis,
no es posible consolarme:
que ausencia de un Hijo Dios
no puede suplirla un ángel.
Ya siento vuestros azotes
herir vuestra tierna carne;

como es hecha de la mía,
hace que también me alcance.
Vuestra cruz llevo en mis hombros,
y no hay pasar adelante,
porque os imagino en ella,
y, aunque soy vuestra, soy madre."

Mirando Cristo a María
las lágrimas venerables,
a la Emperatriz del cielo
responde palabras tales:

"Dulcísima Madre mía,
vos y yo dolor tan grande
dos veces le padecemos,
porque le tenemos antes.
Con vos quedo, aunque me voy:
que no es posible apartarse
por muerte ni por ausencia
tan verdaderos amantes.
Ya siento más que mi muerte
el ver que el dolor os mate:
que el sentir y el padecer
se llaman penas iguales.
Madre, yo voy a morir
porque ya mi Eterno Padre
tiene dada la sentencia
contra mí, que soy su imagen.
Por el más errado esclavo
que ha visto el mundo ni sabe,
quiere que muera su Hijo;
obedecerle es amarle.
Para morir he nacido:
Él me mandó que bajase
de sus entrañas paternas
a las vuestras virginales.
Con humildad y obediencia,
hasta la muerte ha de hallarme.
La cruz me espera, Señora.
Consuéleos Dios; abrazadme".

Contempla a Cristo y María,
alma, en tantas soledades,
que Ella se queda sin hijo,
y Él sin madre se parte.

Llega, y dile: "Virgen pura,
¿queréis que yo os acompañe?"

Que si te quedas con Ella,
el Cielo podrá envidiarte¹.

Y a ello nos disponemos en esta tarde cuaresmal, porque al acompañar a la Madre, caminamos junto al Hijo, que camina hacia el Calvario.

¹ El *Romancero espiritual* es una selección de romances extraídos de *Pastores de Belén y Rimas Sacras*, publicadas en Pamplona en 1619. La edición usada es la de Luis Guarner (Edic. Castilla, Madrid 1949).

“Tan sólo os pido que le miréis”

Santa Teresa de Ávila², peregrina por estas tierras ciudadrealeñas, fue a fundar a Malagón como si de pregón de Semana Santa se tratase. El monasterio fue inaugurado un 11 de abril de 1568, un día de Domingo de Ramos, según cuentan las crónicas. Con la autoridad de la que fue proclamada en 1970 primera Doctora de la Iglesia, la Santa nos enseña esta primera lección:

“Pues ya andaba mi alma cansada y, aunque quería, no le dejaban descansar las ruines costumbres que tenía. Acaecióme que, entrando un día en el oratorio, vi una imagen que habían traído allá a guardar, que se había buscado para cierta fiesta que se hacía en casa. Era de **Cristo muy llagado** y tan devota que, en mirándola, toda me turbó de verle tal, **porque representaba bien lo que pasó por nosotros**. Fue tanto lo que sentí de lo mal que había agradecido aquellas llagas, que el corazón me parece se me partía, y arrojéme cabe Él con grandísimo derramamiento de lágrimas, suplicándole me fortaleciese ya de una vez para no ofenderle” (*Libro de la Vida*, 9,1).

“No os pido ahora que penséis en Él ni que saquéis muchos conceptos ni que hagáis grandes y delicadas consideraciones con vuestro entendimiento; **no os pido más de que le miréis**. Pues ¿quién os quita volver los ojos del alma, aunque sea de presto si no podéis más, a este Señor? Pues podéis mirar cosas muy feas, ¿y no podréis mirar la cosa más hermosa que se puede imaginar? Pues nunca, hijas (dice a sus carmelitas), quita vuestro Esposo los ojos de vosotras. Haos sufrido mil cosas feas y abominaciones contra Él y no ha bastado para que os deje de mirar, ¿y es mucho que, quitados los ojos de estas cosas exteriores, le miréis algunas veces a Él? Mirad que no está aguardando otra cosa, como dice a la esposa, sino que le miremos. Como le quisierais, le hallaréis. Tiene en tanto que le volvamos a mirar, que no quedará por diligencia suya” (*Camino de Perfección*, 26.3).

² En 1562 Santa Teresa de Jesús llegó a Malagón para fundar otro monasterio de la Reforma. Como anécdota y dato curioso cabe decir que en la celda del monasterio que ocupó Santa Teresa hay una imagen suya sentada escribiendo en una pequeña mesa y que se expone en la iglesia muy pocas veces. Permaneció en el municipio hasta 1568. Santa Teresa visitó además el pueblo en las siguientes fechas: en 1575, 1576 y en 1578, estando ya enferma. Junto a San Juan de la Cruz también visitó Almodóvar del Campo.

“Si estáis con trabajos o triste, **miradle camino del huerto:** ¡qué aflicción tan grande llevaba en su alma, pues con ser el mismo sufrimiento la dice y se queja de ella! O **miradle atado a la columna,** lleno de dolores, todas sus carnes hechas pedazos por lo mucho que os ama; tanto padecer, perseguido de unos, escupido de otros, negado de sus amigos, desamparado de ellos, sin nadie que vuelva por Él, helado de frío, puesto en tanta soledad, que el uno con el otro os podéis consolar. O **miradle cargado con la cruz,** que aun no le dejaban hartar de huelgo. **Miraros ha Él con unos ojos tan hermosos y piadosos, llenos de lágrimas, y olvidará sus dolores por consolar los vuestros,** sólo porque os vayáis vos con Él a consolar y volváis la cabeza a mirarle (*Camino de Perfección, 26.5*)”.

❖ De la Cofradía del Santísimo Cristo de la Misericordia y Prendimiento de Jesús **contemplemos a Judas besando al Maestro.**

Así pues, queridos amigos,

Miremos a Jesús mirando a Judas

Era de los Doce: de los elegidos para ser apóstoles. (Conocieron y convivieron con Jesús, y nos lo dan a conocer.) Jesús le había llamado por su nombre, uno por uno; a los doce les había encomendado una misión. Ya dijo Jesús en la promesa de la Eucaristía: “*Uno de vosotros me va a traicionar*” (*Jn 6, 70*). Cuando uno se aparta del Señor, es porque en su interior hace ya tiempo que lo mató.

- Judas acompañó a Jesús desde que le llamó, y además tuvo preferencia por él: le confió la bolsa (*Jn 13, 29*). Y sin embargo, él protesta porque el perfume de María se podía haber repartido entre los pobres, pero no por amor a los pobres, sino porque era un ladrón y robaba (*Jn 12, 6*) y cayó.
- Era un ladrón, poco a poco iba robando (no mucho), pero es el pellizco de cada día (siempre intranquilo, por ver cuando lo podía coger). Naturalmente a esto se llega poco a poco; tenía una tensión continua.
- En Judas se ve avaricia, envidia a Juan, orgullo, etc. pero sigue con el Maestro. Judas no aceptaba los planes de Jesús, y por eso no se dejó cambiar, siempre mirando de reojo, no de frente (era malo).

Pero, Cristo sigue confiando en Judas, y en la Última Cena moja en su mismo plato y se lo da. Le dice: “*Lo que has de hacer, hazlo pronto*” (Jn 12, 6).

Hasta el momento de la entrega en el huerto, Jesús le tiende la mano: “*Amigo, ¿a qué vienes?*” (Mt 26, 50). Con esto le hace ver lo vergonzoso y triste de su acto, pero no le hizo volver atrás. Judas se ahorcó, a pesar de todas las miradas de Jesús. Tras el beso, la mirada del Señor debía haber logrado por fin que cambiase. Jesús, el hombre bueno, humilde, sencillo, respondió: “*Judas, amigo, con un beso me entregas*” (Lc 22, 48). Le llama amigo y no con tono de acusación.

La mirada de Jesús a Judas tuvo a un tiempo tono de reproche y de perdón. De delicadeza, de amistad, de olvido de lo que pudiera ocurrir. “*Amigo, ¿a qué vienes?*” Fue una mirada rechazada, resbalo sobre el corazón de piedra de Judas. El cambio tiene que ser en el corazón, del corazón viene todo, no es porque lloremos o no, porque nos den escalofríos o no, sino porque del corazón limpio sale el bien, el amor. Cuando hay amor, los fallos se convierten, se arreglan con amor. Sin amor se dan voces, no hay perdón, todo pierde su enfoque...

Cuando contempléis a vuestro paso, en la mayor traición que los siglos vieron, pensad en la cerrazón de Judas.

- La cerrazón: se obcecó en sus criterios (iyo tengo la razón!, isiempre!), se sentía defraudado de lo que ambicionaba, un reino temporal (podía ser gobernador).
- La soberbia: No tuvo valor para humillarse y echarse a los pies de Jesús. La tendrá el Buen Ladrón, María Magdalena o la adúltera... Y nosotros, debemos tener valor para reconocer cuántas veces nos hemos equivocado.
- La soledad en la que él solo se fue metiendo; se apartó de sus compañeros, para poder tramar él solo, sin que nadie supiera lo de la traición. Otra alma que se perdió. Se desesperó y, al sentirse solo, se ahorcó.

Cuando traiciones a Nuestro Señor no olvides que el apóstol Judas fue amado hasta el último momento, con un amor por el que Jesús llama **amigo** a su traidor, en el momento mismo de la entrega. Se ahorcó, porque rechazó la mirada de Jesús, y siguió sin quererse humillar tras haber reconocido su error, pero al que Jesús hubiera perdonado como a otros muchos pecadores.

- ❖ De la Real Ilustre Cofradía del Santísimo Cristo de la Columna, Cristo de los Afligidos y Nuestra Señora de la Soledad **contemplemos al Santísimo Cristo de la Columna y al Cristo del Consuelo.**
- ❖ De la Cofradía del Santísimo Cristo de la Misericordia y Prendimiento de Jesús **contemplemos al Santísimo Cristo de la Misericordia.**
- ❖ Finalmente, de la Hermandad de Jesús de Medinaceli y María Santísima de la Asunción “La Labradora” **contemplemos al Cautivo de Medinaceli.**

Así pues, queridos amigos,

Miremos a Jesús, azotado y coronado de espinas

Una vez más, Lope de Vega en su *Romancero espiritual* (Romances III, IV y V) nos ayuda a contemplar y meditar *a nuestros cautivos*.

ROMANCE III

“A los azotes que dieron a Cristo Nuestro Señor”.

Toma la palabra el apóstol y evangelista San Juan

Mira Juan por la ventana
de la casa de aquel Juez,
puesto en la columna Cristo,
su maestro, nuestro bien.
Las manos que el cielo hicieron
atadas con un cordel
en una aldaba de hierro,
que yerro del hombre fue.
Y porque a las espaldas
el mármol no alcanza bien,
tiene los brazos cruzados
para que sin cruz no esté.
Mira que vuelve el Cordero
la piedra en jaspe después,
que con cinco mil azotes
le desollaron la piel.
Y que enternecido el mármol
cera se quiere volver,
pues es más blando que el hombre
estando Dios atado a él.

Razón el mármol tenía,
porque cuantos le ofendisteis,
mármoles sois en que azotan
a Cristo santo otra vez.

(...) Gran maldad hizo el amigo
que cenó con vos ayer,
pues todo el valor del Cielo
dio por tan poco interés.
Los que ayudaros juraron
lo cumplen tan al revés,
que hasta los gallos que cantan
dicen que los falta fe.
“Si en vuestro pecho dormí
hacedme, Señor, merced
que vele con él ahora
y me regale con él”.
Esto dijo a Cristo, Juan;
alma, llorad y tened
lástima al ver que azotan
por los esclavos al Rey.

ROMANCE IV

“La corona de espinas”

Coronado está el Cordero
no de perlas ni zafiros,
ni de claveles ni flores,
sino de juncos marinos.
Su santísimo cerebro
le traspasan atrevidos
frutos que nos dio la tierra
desde que Dios la maldijo.

(...) ¡Ay, divino Dios de amor!
cupido y hartó escupido
de aquellas infames bocas
más fieras que basiliscos.
Venda os ponen en los ojos,
que quieren, Dios infinito,
que seáis Jesús vendado
pues fuisteis Jesús vendido.

Para daros golpes fieros
os cubren, porque imagino
que como sois tan hermoso
no se atreven sin cubriros.
Los hombres, Señor, se ciegan,
que piensan que sus delitos
no verá quien siendo Dios
ve los pensamientos mismos.
Para daros bofetadas
el hombre os hace adivino;
pues dice que adivinéis
las manos que os han herido.
Yo he sido, dulce Jesús,
yo he sido, dulce bien mío,
quien en vos puso las manos
con mis locos desatinos.
Yo soy por quien arrancaron
esos cabellos benditos,
que diera el Cielo por ellos
todos sus diamantes ricos.
Si viera, dulce Jesús,
la Virgen que cuando niño
los peinaba y regalaba,
arrancarlos y escupirlos!
Si ella viera maltratarlos
diera tan recios suspiros
que los ángeles lloraran
y temblara el cielo mismo.
Una vez os vio la esposa
como la rosa y los lirios
a sus puertas como el alba
coronado de rocío.
¿Cómo no llamáis ahora
al alma que está en sus vicios,
llena de sangre, que corre
sobre esos ojos divinos?
Mirad, alma, que le sacan,
y que dice el pueblo a gritos:
“Jesús muera, y Barrabás
viva en hurtos y homicidios”.
No seas tan dura y fiera,
que entre tantos enemigos
pidáis que viva un ladrón
y que den la muerte a Cristo.

ROMANCE V
“Al Ecce Homo”

El juez más lisonjero
que con su príncipe ha sido
por interés de su gracia
y por no perder su oficio,
en un balcón de su casa,
azotado y escupido,
para que el pueblo le vea
puso al inocente Cristo.
Después de noche tan fiera
aparece el sol teñido
de sangre, y en vez de rayos
puntas de juncos marinos.
A las llagas de su cuerpo
pegado el rojo vestido,
que también se hiciera rojo
si fuera de blanco armiño.
“Veis aquí, les dice, el hombre
a quien desde el Cielo dijo
con su voz el Padre Eterno:
Este es mi Hijo querido”.
Aquí le traigo enmendado:
¡oh qué extraño desatino,
querer enmendar a un Dios
tan bueno y tan infinito!
“Quita, quita, le responden
viejas, ancianos y niños;
muera, muera, muerte infame,
pues Hijo de Dios se hizo”.
¡Ay, Jesús!, Hijo de Dios,
que ese nombre y apellido
no le tenéis vos hurtado,
pues sois igual a Dios mismo.
Virgen Santa, decid vos
lo que el ángel os ha dicho
de Él, lo que los profetas
dijeron por tantos siglos.
Y que este preso azotado
es aquel que cuando niño
le adoraron los tres reyes

y vos llevasteis a Egipto.
Abonadle, Virgen bella;
decid que de Dios es Hijo,
que puesto que sois su madre
bien valéis para testigo.
Abonada sois, Señora,
todo el bien de Dios os vino;
bienaventurada os llaman
los que son, serán y han sido.
Decid vos que es el Cordero,
Bautista, aunque sois su primo,
que quien por verdades muere
bien merece ser creído.
Decid, ángeles hermosos,
este es el mismo que vimos
nacer de amor abrasado,
aunque temblando de frío.
Decid, Pedro, Juan y Diego
que a su padre habéis oído
que es su Hijo, en el Tabor,
si el miedo os deja decirlo.
Llegad presto, que dan voces
en aquel falso concilio
para que la vida muera
que es Dios sin fin ni principio.
¡Ay Virgen! mirad que quitan
a un fiero ladrón los grillos,
y a Jesús ponen al cuello
la soga de mis delitos.
Paréceme que decís,
gloria de los ojos míos,
más quiere el mundo a un ladrón
que a mi Cordero divino.
Mientras le dan la sentencia,
alma, con tristes suspiros,
decid a su Eterno Padre
que se duela de su Hijo.
Señor, aquí está el esclavo,
que soy de la muerte digno;
pero está cerrado el Cielo,
no querrá su Padre oíros.
Volved a la Virgen sacra
y acompañad su martirio,

que también mata el dolor
donde no llega el cuchillo.

- ❖ De la Hermandad de Nuestro Padre Jesús Nazareno y Virgen de la Amargura **contemplemos al Nazareno que es ayudado por el Cirineo para aliviarle el peso de la Cruz.**

Así pues, queridos amigos,

Miremos a Jesús, con la cruz a cuestas

ROMANCE VI

“Al llevar la cruz a cuestas”

La leña del sacrificio
lleva el obediente Isaac,
aunque no ha de bajar ángel
a detener a Abraham.
Que el puro y manso Jesús
que el Bautista en el Jordán
llamó Cordero de Dios,
se quiere santificar.
El que entre Moisés y Elías
vieron Diego, Pedro y Juan,
en la cumbre del Tabor
lleno de luz celestial.
Este mismo muere triste
no lejos de la ciudad
porque juzguen que es ladrón
entre dos ladrones va.
Un madero lleva al hombro,
lugar en que ha de pisar
el solo racimo fértil
de aquella vid virginal.
En su delicado cuello
lleva el príncipe de paz
de dos pesadas columnas
su imperio y cetro real.
Al son de trompetas tristes

pregones injustos dan:
“Esta es la justicia”, dicen,
pero no dicen verdad.
Si esta es la envidia dijeran,
bien pudieran acertar,
mas siempre se vale el mundo
de la disculpa de Adán.
Dicen al César quitaba
la romana majestad
para hacerse rey, quien era
Hijo de Dios natural.
Mucho la pesa la cruz,
los pecados mucho más,
con ellos ha dado en tierra
pues no les puede llevar.
Llevadlos, Jesús querido,
que si vos no les lleváis,
esclavos seremos todos
del tirano Leviatán.
Cayó Cristo y por la frente
con el golpe desigual
se le entraron las espinas
lo que faltaban de entrar.
Cególe el polvo los ojos,
si el Sol se puede cegar
la boca de sangre llena
se estampó en un pedernal.
Suspira el manso Cordero
y ayuda pidiendo está,
y a palos, golpes y coces
le vuelven a levantar.
Como tiraban la soga
volviendo el cuerpo hacia atrás,
miró al cielo enternecido,
pero vióle sin piedad.
¡Ah virginales entrañas!
los pasos apresurad
con angélico decoro
si le queréis consolar.
Para conocer su rostro
desfigurado y mortal,
la imagen del Padre Eterno
con vuestras tocas limpiad.
Abrázale, Virgen santa,

porque si vos le abrazáis,
al regazo de esos pechos
consuelo el tuyo tendrá.
Mas el descomedimiento
de esa gente desleal,
atropellará furioso
vuestra santa honestidad.
Mejor es, alma, que vos
con vuestra cruz le sigáis,
porque quien tras el la lleva
ese le viene a ayudar.
Que si de vuestros pecados
el peso a la cruz quitáis,
haréis que ella pese menos
y Cristo camine más.

❖ De la Real Ilustre Cofradía del Santísimo Cristo de la Columna, Cristo de los Afligidos y Nuestra Señora de la Soledad **contemplemos al Cristo de los Afligidos**

Así pues, queridos amigos,

Miremos a Jesús puesto en la cruz, levantado en lo alto, y contemplemos su cuerpo, destrozado por los azotes, lleno de sangre, de polvo, atravesado por la lanza. La cabeza sangrando por la corona de espinas, para burlarse. El rostro afeado por las bofetadas y salivazos. Las manos y pies desgarrados por los clavos. Los ojos levantados para pedir misericordia por nosotros y para entregarse al Padre Celestial. Sus labios secos, que en la agonía articulaban palabras divinas, que serán para nuestra enseñanza y fortaleza.

Estamos ante una figura de hombre indefenso, hecho una pena, desfigurado; por lo que ven nuestros ojos, no merece la pena. Ante esta desgarradora imagen de la tarde del Viernes Santo, lloran los apóstoles, llora la Virgen, su Madre, lloran las piadosas mujeres que le acompañaron hasta el Calvario. Y hasta los soldados romanos que le clavaron en la cruz se conmueven y dicen: “*Verdaderamente este hombre era el Hijo de Dios*” (Mt 27, 54).

- **Miremos al Crucificado**, suspendido de la cruz, manando sangre su bendito cuerpo.
- **Miremos ese cuerpo virginal** formado por el Espíritu Santo en el seno de la Virgen María. ¡Tantos fueron los azotes que inhumanamente recibió en su cuerpo que rasgaron sus carnes puras!
- **Miremos aquellos pies clavados** de Buen Pastor que se fatigaron por seguir a las ovejas extraviadas.

Divinos pies que recorrieron muchos itinerarios estos benditos pies, del Cenáculo al huerto de Getsemaní, de aquí a la casa de Anás, Caifás, Pilatos. De los tribunales a la calle de la Amargura por la pendiente amarga al Calvario, donde se cayó por lo menos tres veces, hoy, **ahora clavados**.

Fijémonos en esos pies que anduvieron por Galilea, por Samaria, por Judea y que no se cansaron de andar para anunciar el Reino de Dios.

Unos pies que se gastaron para dar a conocer a Dios.

- ✓ Que corrieron para ir al encuentro del que sufría.
- ✓ Que subieron al Tabor para transfigurarse.
- ✓ Que se dejaron lavar por las lágrimas de la pecadora.
- ✓ Que entraron tantas veces en el templo a orar.

✓ Que enseñaron a andar a otros que por sí mismos no podían.

- **Miremos aquellas manos.** Manos benditas que un día acariciaron a los niños, hoy, **ahora clavadas.**

Unas manos de carpintero, de jornalero, llenas de callos de una vida dura pero feliz, **ahora clavadas.**

Manos milagrosas que obraron tantos prodigios, dando la vista a los ciegos, dando oído a los sordos, dando habla a los mudos, dando salud a los enfermos y devolviendo la vida a los muertos, hoy, **ahora clavadas.**

Manos suplicantes que se alzaron hacia el Cielo como pararrayos del mundo, suplicando la justicia del Padre, **ahora clavadas.**

Manos inocentes que abrieron un diluvio de misericordias, **ahora clavadas.**

Unas manos que sanan -que nos sanan-, que se tendieron a los pobres, a los marginados, a los extranjeros, a los enfermos, a los cansados y agobiados, **ahora clavadas.**

Las manos de Cristo, *que todo lo hicieron bien.*

- **Miremos su boca,** dulce como panal de miel para las almas y un manantial de oro de la verdad, de la que salieron aquellas parábolas enternecedoras, aquellas enseñanzas divinas.

La boca de Cristo es un manantial de oraciones: las que subieron del fondo de su corazón, y pasaron por su boca. Ahí está la magnífica oración del Padre Nuestro, la oración Sacerdotal del Jueves Santo, “*Padre que sean uno, como nosotros*” (Jn 17) y tantas otras recogidas en las páginas del Evangelio.

La boca de Cristo es un manantial de perdones. Para eso vino al mundo, en busca de pecadores; “*no tenían necesidad de médico los sanos, sino los enfermos*” (Mc 2, 17). Y, buscándolos, se fatiga, se preocupa por la oveja perdida y hace fiesta al recuperarla. La boca que narra el pasaje del hijo pródigo. Perdonando a la Magdalena, a la adúltera, a Zaqueo, etc.

Los sermones salidos de su boca son sublimes, pero sencillos y tan profundos, en que nos describe los secretos del Reino de Dios. ¡Qué parábolas tan hermosas y llenas de enseñanzas! ¡Qué lecciones tan exactas sobre el dogma y la moral, que llegan a abrasar los corazones de los hombres! ¡Qué frases tan hermosas, tan íntimas que cala e ilumina a

las almas y las cambia por dentro! ¡Qué fórmulas para remediar todos los males!

- **Miremos sus labios**, encarnados, que tan dulcemente sonrieron a los humildes, a los sencillos y castos de corazón, y tan elocuentemente y tan terroríficos lanzaban acusaciones y reproches contra los soberbios.
- **Miremos su rostro**, pálido y amarillento, aquel rostro, hermosura de Dios, “*es el más bello de los hombres*” (Sal 45, 2), que embelesa las almas buenas, en quien desean verse los ángeles.

Contemplando el rostro de Cristo, podemos reconocer en él a tantos rostros de personas que queremos, que nos dibujan el rostro ensangrentado de Jesús, víctimas del dolor, la desesperación, la enfermedad, la depresión, el fracaso, el desánimo.

Rostro amable de Esposo suavísimo de las almas.

Rostro venerable del Mártir, Redentor del mundo.

Rostro adorable de Dios.

Los soldados ocultaron su rostro divino, para mofarse mejor de Él, se veían cohibidos ante la majestuosa dignidad de aquella presencia del Señor.

- **Miremos sus ojos**, más resplandecientes que los luceros.

Ojos cerrados. Así los vemos en muchos crucifijos. Cerrados en profunda meditación. Cerrados para olvidar y perdonar.

Ojos llenos de lágrimas: Cristo lloró en la cruz y así nos mostró lo más tierno de su corazón. El lenguaje de las lágrimas nos dice cuanto nos amaba.

Lágrimas arrancadas por los tremendos dolores que padecía.

Lágrimas por el abandono que experimentaba. “*Dios mío, Dios mío, porque me has abandonado*” (Mc 15, 34).

Lágrimas de desencanto, de desilusión, al ver que el mundo le rechaza, que sigue en sus vicios.

Ojos abiertos mirando al Cielo: Buscando de su Padre el alivio a sus horribles angustias, orando al Padre, recabando el perdón para sus verdugos, encomendando al Padre su Espíritu.

Ojos abiertos mirando al mundo: al fin, era el Salvador de los hombres causantes de su Pasión. Y ahora, desde las alturas de la cruz donde le han puesto, vuelve los ojos al mundo cargado de infinitos amores.

Aquellos ojos que miraron a Pedro y lo convirtieron. Que miraron a Juan y le dieron a su Madre por madre nuestra. “*He ahí a tu Madre*” (Jn 19, 26). Que miraron a la Magdalena y la ungieron.

-
- **Miremos su frente** manchada de sangre, asiento de la sabiduría y de los planes de Dios. Coronada de espinas su cabeza, la más digna de las diademas del cielo y de la tierra.
- **Miremos su pecho** abultado, descoyuntado, atravesado por la lanza del soldado, luchando entre la vida y la muerte, donde guarda su corazón divino. Moribundo, próximo a expirar, el amabilísimo Jesús.

Un corazón acusado de amar a quién no tenía que amar según los criterios de su tiempo, un corazón condenado por sentir el dolor y la alegría del mundo.

La cruz nos enseña a amar de nuevo. Sólo podremos dar la vida si amamos de verdad, y sólo podremos perdonar si sabemos amar de verdad, tal y como hizo Jesús desde la cruz.

Ese corazón que animó a María Magdalena, que abrazó a María, que se sobresaltaba cuando alguien creía en Él y cuando le dice a Pedro que guíe su rebaño, que confió en los apóstoles, que sentía lo que vivían los leprosos y enfermos, que se enardecía cuando hablaba del Padre.

- ❖ De la Real Ilustre Cofradía del Santísimo Cristo de la Columna, Cristo de los Afligidos y Nuestra Señora de la Soledad **contemplemos a Ntra. Sra. de la Soledad**
- ❖ De la Hermandad de Nuestro Padre Jesús Nazareno y Virgen de la Amargura **contemplemos a la Virgen de la Amargura.**
- ❖ **Y contemplemos** la hermosa y sufriente talla De la Hermandad **Virgen de los Dolores**

Y ya para terminar, queridos amigos,

Miremos a María Santísima en su dolor

Déjame pasar la vida a tu lado, Madre mía,
acompañando tu soledad amarga y tu dolor profundo.
Déjame sentir en el alma el triste llanto de tus ojos
y el desamparo de tu corazón.

No quiero en el camino de mi vida
saborear las alegrías de Belén
adorando en tus brazos virginales al niño Dios.
No quiero gozar en la casita de Nazaret
de la amable presencia de Jesucristo
no quiero acompañarte en tu ascensión gloriosa
entre coros de Ángeles.

Quiero en mi vida, las mofas y burlas del Calvario;
quiero la agonía lenta de tu Hijo;
el desprecio, la ignominia, la infamia de la cruz,
quiero estar a tu lado Virgen Dolorosísima;
fortaleciendo mi espíritu con tus lágrimas,
consumando mi sacrificio con tu martirio,
sosteniendo mi corazón con tu soledad,
amando a mi Dios y tu Dios,
con la inmolación de mi ser. Amén³

³ *Oración a la Virgen Dolorosa*, del Beato Miguel Pro.

Junto a la cruz Jesús estaba su madre

"Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María la de Cleofás, y María la Magdalena. Jesús, al ver a su madre y cerca al discípulo que tanto quería, dijo a su madre: Mujer, ahí tienes a tu hijo. Luego, dijo al discípulo: Ahí tienes a tu madre. Y desde aquella hora, el discípulo la recibió en su casa" (Jn 19).

Estas palabras las escuchamos en el relato de la Pasión. Nos las refiere el mismo que las escuchó y que estaba, junto con María, al pie de la cruz: **Juan**. Pocas noticias llegan hasta nosotros de una fuente tan directa y segura como ésta. En ellas quiero detenerme, para meditarlas, ahora al final de este Pregón.

Si María estaba "**junto a la cruz de Jesús**" en el Calvario, eso quiere decir que estaba en Jerusalén aquellos días; y si estaba en Jerusalén, eso quiere decir que lo presencié todo. Que asistió a toda la pasión de su Hijo, a los gritos de *¡a Barrabás, a Barrabás!*, escuchar a Pilatos decir: *Ecce Homo*.

Vio con sus ojos cómo desnudaron a Jesús de sus vestidos.

Vio cómo los soldados se repartían sus vestiduras y echaban a suertes aquella túnica que Ella tal vez había tejido con tanto amor.

Vio como su Hijo era sacado afuera azotado, coronado de espinas, cubierto de salivazos.

Vio cómo le clavaron de pies y de manos con aquellos golpes de martillos, a que tan acostumbrada estaba en el taller de Nazaret.

Vio correr la sangre preciosa formada en su seno virginal y empapar la tierra.

Vio como su cuerpo desnudo se estremecía en la cruz, en la agonía de la muerte.

También Ella bebió el cáliz amargo, lo apuró hasta las heces. A Ella pueden aplicársele muy bien las palabras que pronunciaba la hija de Sión en su angustia: *"Vosotros, los que pasáis por el camino, mirad, fijaos: ¿Hay dolor como mi dolor?" (Lm 1, 12).*

Para honrar estos dolores de María, para acompañarla en sus dolores, la Santa Madre Iglesia a lo largo del año celebra en primer lugar el llamado **Viernes de Dolores**, es la fiesta más antigua de la Dolorosa, que se remonta al siglo XIII. La segunda, el 15 de septiembre, que celebramos desde el año 1814.

Siempre se ha meditado sobre la Pasión de Cristo: la costumbre de meditar los pasos del Señor en su pasión tiene su origen en los comienzos del cristianismo, muchos fieles de Jerusalén, los de la primera hora, guardarían un recuerdo imborrable de los sufrimientos por los que paso Jesús en la calle de la Amargura, camino del Calvario. En el juicio de Pilatos -"¿A quién queréis que perdone, a Jesús o a Barrabás?"-, esos gritos ensordecedores. En el Calvario, la crucifixión entre los dos ladrones, y las últimas siete palabras. ¿Cómo se les podía olvidar a los que estuvieron allí presentes lo que sucedió en aquellos días? Si cualquiera de nosotros asistiese a un asesinato, acaso ¿podríamos olvidarlo?

Por esto es por lo que, desde el principio, ya desde los primeros momentos en que sucedió, muchos meditaron estos pasos del Señor dando vueltas sobre ello, sobre lo que había sucedido. También se ha meditado siempre, sobre los dolores de la Virgen (se le ha acompañado), desde los tiempos apostólicos. El Discípulo amado, Juan, y aquellas santas mujeres que acompañaron a la Virgen en el Calvario, José de Arimatea y Nicodemo, y después los otros apóstoles, ¿no se compadecerían de Ella, y la acompañarían, y la dirían palabras de consuelo, y la animarían, y llorarían con Ella?

Habían convivido con María y con Jesús, les amaban entrañablemente; ¿cómo no compadecerles?

No podemos meditar la pasión de Cristo en forma completa, **sin decir que en el mismo centro del misterio de la Cruz estaba la Virgen Madre Dolorosa**. María no aparece en los momentos de triunfo, de gloria, en los que aplauden a su Hijo. Por ejemplo, en la entrada triunfal en Jerusalén, el Domingo de Ramos, cuando lo aclamaban Rey. En cambio, sí que aparece el Viernes Santo. No estuvo cuando lo aplaudían, pero no puede dejarlo ahora camino del Calvario, cuando todos los amigos lo han abandonado.

En la Vía Dolorosa, no podía faltar **LA DOLOROSA**, para participar de los dolores, la amargura, la soledad de Jesús, su Hijo. María no estaba sola junto a la cruz; con ella estaban otras mujeres, además de Juan: una hermana suya, más María la de Cleofás y María Magdalena. Podría parecer que María es una más entre las mujeres que estaban allí presentes. He asistido a veces al funeral de algún joven. Recuerdo en especial el de un chico. Detrás del ataúd iban varias mujeres, todas vestidas de negro y todas llorando. Parecían sufrir todas de la misma manera. Pero entre ellas había una que era distinta, en la que todos los asistentes pensaban, por la que lloraban y a la que dirigían furtivamente la mirada: *la madre*. Tenía los ojos fijos en el ataúd, como petrificados, y se veía que sus labios repetían sin descanso el nombre de su hijo. En aquel momento yo pensé en María al pie de la cruz.

El camino del Calvario no sólo fue recorrido por Cristo. **La Vía dolorosa es también el camino que María recorre, acompañando y consolando a su Hijo**. La Virgen Madre Dolorosa, esta tan unida por el amor a Jesús su Hijo, que podemos decir que, durante la pasión de su Hijo, María también es insultada, abandonada por los discípulos, azotada y despreciada. Y lo mismo que su Hijo, Ella sufre miedo y angustia por lo que iba a ser de los condenados a la cruz, por esos dolores y muerte tan inhumana. Por esa unión tan grande, por ese AMOR tan grande se establece entre **el Corazón de Cristo y el Corazón Inmaculado de María** una unión de sufrimientos. Los sufrimientos de Cristo, son sufridos por Ella exactamente como cualquier madre que viera sufrir inocentemente a alguno de sus hijos, sufriría ella, tanto o más que el hijo de sus entrañas.

Ella sufrió los insultos, las burlas. Ella fue coronada de espinas, padeció los azotes. Ella es atravesada por los clavos. Ella sufre todo lo que angustia hasta la muerte el corazón de su Hijo Jesús. Todos los sufrimientos de la Pasión de Cristo pesan igualmente sobre el Corazón Inmaculado de su Madre Dolorosa.

La lanza del soldado, más que a Cristo que ya estaba muerto, es una lanza terriblemente dolorosa que atraviesa el corazón de María que está viva, aunque medio muerta de pena y de dolor. Se han cumplido aquellas palabras proféticas de Simeón, cuando con el Niño Jesús en sus brazos, le dijo a María su Madre. *“Mira, este niño va a ser motivo de que muchos caigan o se levanten en Israel. Será signo de contradicción, y a ti, una espada te atravesara el corazón”* (Lc 2, 34-35).

En estos momentos de dolor, Jesús nos la dio como Madre. Al estar "**de pie**" junto a la cruz, la cabeza de María quedaba a la altura de la cabeza inclinada de su Hijo. Sus miradas se encontraron. Cuando le dijo: *"Mujer, ahí tienes a tu hijo"*. Jesús la miró y por eso no sintió necesidad de llamarla por su nombre para distinguirla de las demás mujeres.

¿Quién podrá penetrar el misterio de aquella mirada entre la madre y el Hijo en aquella hora? Es en el momento más doloroso de Jesús y de María, donde nos la regala como Madre nuestra. Nos da a luz con dolores de parto junto a su Hijo crucificado. Jesús nos la dio **DOLOROSA**. Por ello, nosotros debemos sentir un cariño especial en la tarde del Viernes Santo, cuando nos la regaló como Madre.

Le hicieron a una madre de familia numerosa esta absurda pregunta: *¿A cuál de sus hijos quiere más?* Ella dijo, como es natural, que a todos por igual, pero especificó un poco.

-A todos los quiero, pero ya que me pregunta que a cuál de ellos quiero más, le diré: Al más pequeño hasta que crece; al que está enfermo hasta que se cura; al que está más lejos, de viaje, hasta que vuelve... Y así le fue describiendo tantas situaciones en las que le daba al que lo necesitaba su predilección.

¿Qué madre no ama con delirio a sus hijos? ¿Cuánto no se sacrifica por ellos? ¡Cuánto más será el de María que puede querer a cada uno como si no hubiese ninguno más, todo su amor para cada uno de nosotros! Amor de madre, a quien tantos dolores le costamos, como hijos queridos de su corazón. Cuando uno descubre ese rostro maternal, tierno, sencillo, es difícil no tener deseos de empezar a amarla o amarla mucho más.

En estos días tenemos que acompañar de manera especial a la Dolorosa, porque la necesitamos en nuestros dolores de la vida. El dolor es algo que nos dejó el Maestro de herencia a los discípulos, y a todos nosotros, anunciándonoslo antes para que no nos pillara de sorpresa: *“Como me han tratado a mí, os trataran a vosotros”*.

El dolor es la ley universal que abarca a todo hombre, sin excepción. El niño nace llorando sin que nadie se lo haya enseñado, y así se desarrolla toda nuestra vida. No podemos huir del dolor, porque nos espera donde menos lo creíamos, y allí lo encontramos. La Virgen Inmaculada en Lourdes se lo dijo a Santa Bernadette: *“No te puedo prometer la felicidad en este mundo, sino en el otro”*. Sufrimos los que creemos en Dios. Sufren los que no creen, o se han

apartado de Él, y sufren más todavía porque viven sin esperanza, porque no tiene a María Dolorosa, Consuelo de los afligidos.

Jesús muerto en brazos de su Madre

Imaginémonos por ultimo aquel cuadro. Pendiente de la cruz el cadáver de Cristo, lleno de largos manchones de sangre cuajada, cubierto de heridas, materialmente deshecho, sin belleza ni hermosura, ni casi figura humana; labios, ojos sin vida; aquello no es más que eso, ¡un cadáver! ¡Y es el Hijo de Dios!, ¡qué misterio!

A los pies de la cruz, un grupo de almas buenas, llora sin cesar. Lloran la Virgen, lloran los apóstoles, lloran las piadosas mujeres, hasta los romanos se conmueven... Grande, muy grande es su dolor, pero ¿cómo compararlo con el de aquella Madre que llora la pérdida de su Hijo? ¡Pobre Madre! ¿Qué va a hacer ahora sin su Hijo? Y, efectivamente, con gran cuidado le bajan de la cruz y depositan el Cuerpo, en brazos de María. Póstrate en espíritu junto a esa Madre y medita con Ella, porque ¿qué meditación haría la Virgen entonces?

¿Cómo iría recordando ante la vista de aquel Cuerpo, todos y cada uno de los tormentos de la Pasión? Ahora recordó todo lo pasado, las escenas de Belén, los idilios de Nazaret, los días felices en que Ella cuidaba de su Hijo, como ninguna madre lo ha podido hacer. Ahora entendió de una vez, lo que significaba la espada de Simeón, que toda la vida llevó atravesada en su Corazón. Ahora comprendió lo que era ser Madre nuestra. ¡Madre de los pecadores!, que así habían puesto a su Hijo.

Si queremos imitar a María junto a la cruz -“*Junto a la cruz de Jesús estaba su Madre*” (Jn 19)-, seamos un instrumento que alivie a Cristo crucificado. María sufrió mucho junto a la cruz. Nosotros podemos sufrir con alegría abrazados al Crucifijo. El Crucifijo alentaba a los mártires. Pero para María la vista de Cristo crucificado era el mayor de los tormentos. Para nosotros con el Crucifijo y María Dolorosa nos serán más fáciles las cruces de la vida.

Hagamos esta piadosa meditación con María, vayamos con Ella quitando aquellas espinas una a una, con mucho cuidado, como si aún sufriera con ellas Jesús. Limpia aquellos ojos y aquel rostro afeado con tantas salivas y sangre, toca aquellas manos y pies agujereados y besa, besa aquel costado abierto y no apartes tus ojos de aquel corazón que se ve por la herida, sin vida, sin latir, sin movimiento, pero no sin amor, y en cada herida, recuerda tus pecados y mira lo que has hecho con ellos.

Quiero acercarme a ti, Jesús mío, de rodillas,
para besar tu cuerpo ensangrentado.
Déjame besar tus pies primero,
llorando en sus llagas mis pecados;
un beso de dolor arrepenido,
porque fui yo quien te hizo sufrir tanto.
Permíteme después que me levante,
para besar las llagas de tus manos;

es un beso de amistad y de cariño.
Bien quisiera yo quitarte esos clavos,
curarte con mi aceite, con mi vino,
y poner esos clavos en mis manos.
Y ahora, Señor, besaré la llaga
de tu corazón transverberado:
es el beso de la esposa enamorada,
que quiere permanecer siempre a tu lado,
y quiere aun estar dentro de ti
y poner su mismo lecho en tu costado.

ROMANCE XIII

“A la soledad de Nuestra Señora”

Sola con sola la cruz,
los ojos puestos en ella,
y en sus virginales manos
clavos, espinas sangrientas.
Vuelos dos fuentes sus ojos
que derraman vivas perlas,
llorando muerta una vida,
dice así una vida muerta.
¡Ay cruz que en mi soledad,
como amiga verdadera,
sólo a la sola acompañas,
sólo a la sola consuelas!
Dame tus fuertes brazos,
abraza esta madre tierna,
porque a falta de mi hijo
los tuyos solo suplieran.
Quiero abrazarte, cruz mía;
pero ¿qué sangre es aquesta
que pues sin fuego hierve?
Sin duda es la mía misma.
¡Ay sangre de mis entrañas
vertida por tantas puertas,
pues de mis venas saliste
vuelve a entrar en mis venas!
¡Ay sangre que vertió Dios!
¡Ay sangre que Dios desea!
pues con esta sangre cobra
Dios de Dios todas las deudas.
¡Ay engañosa manzana!
¡Ay mentirosa culebra!
¡Ay enamorado Adán!

¡ay mal persuadida Eva!
Llevó aquel árbol vedado
fruta de culpas y penas
mas vos, cruz, una granada
coronada y pechiabierta.
Como fue fruta de invierno
y cogida de una huerta,
colgáronla por el hombre
que trae la salud enferma.
Y a los dos nos disfrutaron
de la dulce fruta nuestra;
pues la llevamos los dos,
yo con dolor, tu con pena.
Vuelve en ti a crucificarme,
no hayas miedo que lo sienta,
que mal sentiré sin alma
pues el sepulcro me encierra.
La lanza que le hirió muerto
a mi el alma me atraviesa;
que estaba en su pecho el alma
por estar el mío sin ella.
Crucificarme de pechos
y no de espaldas, cruz bella,
que pues la de Dios guardaste,
no es bien que yo te las vuelva.
Juntemos pechos y brazos,
que juntos es bien se vean
brazos y pechos que a Dios
en vida y muerte sustentan.
A Dios tuviste en los brazos
atándole de manera
que pudo el ladrón del hombre
llegar a hurtar tus riquezas.
Cruz, teniendo a Dios en peso
en él mostraste tus fuerzas,
pues le hiciste da de sí
cuanto pudo y cuanto era.
Contigo me crucifica,
y si por clavos lo dejas,
aquí están aquestos tres
que hasta el alma me atraviesan.
Cómo siendo arco de paz
para mi lo eres de guerra,
pues son de mi corazón

de aquestos clavos las flechas.
¡Ay hijo, si nunca errasteis
cómo con clavos os hierran!
fuese vuestra madre esclava,
hieran a la madre vuestra.
¡Oh ensangrentadas espinas
que os subís a la cabeza
a que mi flor encarnada
pues es rosa, espinas tenga!
¡Ay dolorosos despojos
de la victoria sangrienta,
venid a ser haz de mirra
de mi pecho y de mi paciencia!
Herid al pecho que os ama
y aquesta boca que os besa,
estos brazos y estos ojos,
dijo, y quedóse suspensa.
Con lágrimas acompaña,
alma, a su madre y tu Reina,
que sola al pie de la cruz
llora su muerte y su ausencia.
El templo rompe su velo,
la luna en sangre se anega,
gime el aire, brama el mar,
llora el sol, tiembla la tierra.
Alma, tiembla, gime y llora
que hasta las piedras te enseñan;
pues rompen sus corazones
cuando el tuyo se hace piedra.
Los muertos a quien dio vida
sienten su pasión acerba,
y tú que se la quitaste
no lo sientes ni lo piensas.

Una última palabra

Empezábamos de la mano de Santa Teresa y así terminamos. Santa Teresa⁴ pidió consejo a San Luis Beltrán⁵ antes de comenzar la Reforma. En su casa natal hay una cerámica con un Cristo crucificado, a sus pies puede leerse la siguiente inscripción:

**O CULPAS LO QUE PESÁIS
SOBRE ESTE DURO MADERO
DESFALLEZCO, CAIGO, MUERO,
ALMAS, Y NO ME AYUDÁIS**

Porque ahora, al final de este Pregón nos toca responder cómo vamos a ayudar, cómo vamos a colaborar con la Redención del mundo. Por eso,

Miremos cómo Cristo nos está mirando

¡Y siempre con AMOR! Dándonos siempre la oportunidad de enderezar el rumbo de nuestra vida. Con unos ojos llenos de ternura cuando nos mira a cada uno. Debemos rezar, aunque nos hayamos equivocado. Las lágrimas limpian el corazón.

Los monjes antiguos recitaban esta oración (para pedir lágrimas):

“Dios omnipotente y misericordioso, que para el pueblo sediento hiciste brotar de la piedra una fuente de agua viva; sacad de nuestro duro corazón lágrimas de arrepentimiento, para que lloremos nuestros pecados y así merezcamos el perdón de vuestra misericordia”.

¿Cómo tenemos que corresponder? Dejándonos mirar por Él con su mirada amorosa.

Hoy te mira Cristo. ¿Cómo le vas a responder?

Él cambió la vida a muchas personas que le miraron vivo y muerto.

⁴ **Santa Teresa** le escribió preguntándole si debía fundar un convento en su ciudad. El dominico le respondió: *"El asunto sobre el cual me pide información es tan importante que me dediqué por varios días a pedirle a Nuestro Señor que me iluminara lo que le debía responder. Ahora le digo que sí, que lo debe fundar. Y le añado una noticia más: su comunidad va a ser tan ayudada por Dios, que dentro de cincuenta años será una de las más importantes en la Iglesia Católica"*. Y así sucedió.

⁵ **San Luis Beltrán i Eixarch** (1 de enero de 1526 – 9 de octubre de 1581), santo español de la orden de los dominicos, canonizado por el papa Clemente X en 1691. Nació en la ciudad de Valencia (España) el 1 de enero de 1526. Ingresó en el convento de los dominicos de Valencia el año 1544.

Para eso se hizo hombre para que le pudiéramos mirar y mirándole, seguirle y, siguiéndole, amarle mucho.

Los ojos de María, su madre, fueron los primeros que le pudieron mirar y se llenaron de un gozo inmenso.

Le miraron después los pastores, los magos de Oriente, los profetas Ana y Simeón, y se llenaron de asombro y de fe.

Le miraron pecadores, que le siguieron después con una devoción grande, la Magdalena, la gran pecadora que acabó llorando a sus pies, o Zaqueo...

Al mirarle, le cambió la vida al centurión romano en el Calvario, que exclamó: *“Verdaderamente este hombre era el Hijo de Dios”* (Mt 27, 54).

Al mirarle, le cambió la vida al Buen Ladrón: *“Acuérdate de mí cuando llegues a tu reino”* (Lc 23, 42).

Al mirarle, les cambió la vida a muchos de los que estaban allí presentes en el Calvario: *“Se retiraban a sus casas dándose golpes de pecho de arrepentimiento”* (Lc 23, 48).

Si queremos mirar como Jesús, tenemos que pedirle que nos conceda un corazón nuevo, porque sólo se ve bien con el corazón limpio. Como Él mismo nos dijo: *“Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.”*

He dicho.